

Sistema de
Información y
Bibliotecas
UNPA

Unidad: UAR6

Inventario: 05-25914

Procedencia: SIUNPA

Fecha: 07/10/04

Precio: \$ 71,00

PRÓLOGO

La sintaxis histórica del español es un campo de estudio que ha ido ganando en interés a lo largo del último cuarto de siglo. Los filólogos que se inscriben en la órbita intelectual de Don Ramón Menéndez Pidal siempre sintieron que la audaz apuesta metodológica de *Orígenes del español* — es decir, la idea de rastrear el romance en documentos notariales, supuestamente latinos, muy anteriores a los primeros textos literarios — quedaba probada en el campo fonético y morfológico, pero todavía no en el sintáctico. Al fin y al cabo, en la época de Menéndez Pidal, la sintaxis apenas constituía un capítulo en los grandes manuales de filología románica. Por eso, aún resulta más admirable la aportación de Don Rafael Lapesa, que ahora podemos conocer en su plenitud gracias al esfuerzo de Rafael Cano y M.^a Teresa Echenique: los estudios del maestro, que acaba de publicar Gredos, constituyen la sintaxis histórica del español que tanta falta nos hacía.

El presente libro, pese a lo genérico del título (que responde a necesidades editoriales de todo punto comprensibles), no aporta nada a la lúcida construcción mental lapesiana. En realidad, su horizonte cronológico se sitúa más atrás, en lo que todavía se suele tomar por latín, más que en el español. Su planteamiento de partida es el siguiente: si Menéndez Pidal encontró los primeros testimonios fonéticos y morfológicos del romance en textos latinos, ¿acaso no puede hacerse algo parecido en sintaxis? La única diferencia estriba en que, desde el punto de vista sintáctico, el cambio más profundo no tuvo lugar entre los siglos VIII y XI, sino hacia el siglo IV, cuando la in-

fluencia del griego determina una peculiar manera de escribir latín que cuajará en la Vulgata. Esta postura tan radical, exigía, sin duda, una opción metodológica fuerte, y así se ha hecho en esta obra, la cual adopta el modelo de la teoría de catástrofes para enfrentarse a una hipótesis de este tipo. También requería una comprensión cabal de las diferencias tipológicas, fundamentalmente sintácticas, que oponen el latín a las lenguas románicas. Sirva lo anterior de justificación para que se entienda que el presente libro ha sido concebido desde la Linguística general, más que desde la Filología hispánica: si de este matrimonio de conveniencia se siguen resultados apreciables es algo que le corresponde juzgar a los lectores. El trabajo se ha beneficiado de los comentarios de mis compañeros Carlos Hernández Sacristán, Manuel Pruñonosa, Fernando Romo y Pelegrí Sancho, de la ayuda bibliográfica que me prestaron Francisco Hernández Paricio, Antonio Narbona, Ismael Roca y Juan Sánchez y, como siempre, de la lectura crítica de mi maestro Félix Monge. A todos ellos, que, por supuesto, son ajenos a mis errores de interpretación o de planteamiento, mi gratitud.

CAPÍTULO I

CÓMO ABORDAR EL PROBLEMA

§ 1.1. LA GRAMÁTICA HISTÓRICA DE LAS LENGUAS ROMANCES COMO PROBLEMA

No es usual que un estudio introductorio comience por plantearse problemas metodológicos. Cuando una disciplina se halla suficientemente madura, los trabajos monográficos que la han ido apuntalando permiten la elaboración de obras de conjunto en las que se recogen los frutos de aquel trabajo preparatorio. Y así parecía haber sucedido también en el campo de la gramática histórica románica. Sin la gran labor de los romanistas del siglo XIX, de los Diez o de los Meyer-Lübke y sus epígonos, nunca hubieran sido posibles los clásicos manuales escolares de R. Menéndez Pidal para el español, de F. Brunot y Ch. Bruneau para el francés, de I. Anglade para el provenzal, de A. Badia Margarit para el catalán, de G. Rohlfs para el italiano o de S. da Silva Neto para el portugués. Menos aún las obras de conjunto relativas a toda la Romania, como la de E. Bourciez o la de H. Lausberg.

Tanto es así que, precisamente porque la filología románica tiene ya dos siglos y, sobre todo, porque la rica variedad de los dialectos del latín se está borrando aceleradamente en estos tiempos de la aldea global, se ha llegado a tener la sensación de que, a no ser que se descubran nuevos testimonios textuales, lo que es poco probable, esta disciplina está cerrada, cuando no muerta sin remisión.

Por eso, hay que reconocer que, con independencia del grado de adhesión que susciten sus tesis, la aparición de la obra de R. Wright, *Late Latin and Early Romance in Spain and Carolingian France* (Liverpool, 1982), supuso un verdadero aldabonazo para los estudiosos de esta plácida disciplina. En lingüística románica, hay un antes y un después de dicho libro: se esté a favor o en contra, lo que un estudioso ya no puede hacer es ignorarlo, como si no hubiese sucedido nada, como si las hipótesis que plantea pudiesen ser despachadas desdenosamente en una nota a pie de página. La situación recuerda a la de las teorías que han cambiado el devenir de una ciencia. Cuando Young y Fresnel propusieron la hipótesis ondulatoria del éter para sustituir a la teoría corpuscular de la luz, que es el paradigma clásico de la óptica formulado por Newton, la ciencia avanzó: y, sin embargo, la moderna mecánica cuántica de Maxwell ha vuelto a considerar la luz como un fenómeno de naturaleza corpuscular a base de cuantos de energía. Cuando Copérnico se opone a Ptolomeo y pasa a considerar al sol como centro del universo en detrimento de la tierra se está dando un paso decisivo, pero no irrenunciable: la teoría de la relatividad de Einstein pondría las cosas en su sitio al mostrar que Ptolomeo tenía razón en parte al sugerir que se puede elegir entre varios medios igualmente legítimos para describir la posición de los planetas. Como reza un conocido aforismo de Francis Bacon: «La verdad emerge más fácilmente del error que de la confusión»¹.

Pues bien, algo de esto ocurre con Wright y este es un mérito que nadie le podrá quitar. Tenga razón en lo que plantea o no la tenga, su irrupción ha obligado a repensar una serie de conceptos básicos que desde siempre se dieron por sabidos. ¿Por qué el español (o el francés, o el catalán...) del siglo vi d. C. no es español, sino una lengua diferente, el latín, y, en cambio, el árabe de dicha época no deja de ser tan árabe, aunque distinto, que el que hoy se habla en Siria o en Marruecos? ¿Por qué surgen los textos románicos españoles (y los catalanes, portugueses...)

¹ Véase A. T. Kuhn, *La función del dogma en la investigación científica*, Valencia, Teorema, 1979, para otros muchos casos.

de forma sorprendentemente abrupta, con tan sólo algún testimonio cuestionado (las *Glosas Emilianenses*, por ejemplo) antes del siglo XII y una floración esplendorosa a partir de dicho momento?

La respuesta de Wright es conocida: «Dada la variación sociolingüística y estilística que se encuentra en cualquier comunidad, el "proto"-romance era el habla de todos; no es necesario postular otra cosa. Desde el punto de vista de la lingüística histórica teórica es razonable sugerir que el "latín" como lengua distinta de la vernácula no existió en las comunidades romances antes de la reforma carolingia... La cultura europea empieza a hacerse sentir [en España] a últimos del siglo XI. La lenta absorción del latín medieval, y la necesidad consecuente de un romance español escrito, duró dos siglos más...»². Wright se niega a aceptar la hipótesis de Menéndez Pidal en *Orígenes del español*, según la cual habría habido varias lenguas (o registros) coexistentes en el León del siglo X, el latín culto de los eruditos, el latín popular de los semicultos y el romance del pueblo. También rechaza la idea de que existieran glosarios latino-romances desaparecidos, presuntos antecedentes de las *Glosas Emilianenses* y *Silenses* y que serían testimonios de una tradición escrituraria romance, y la de que antes de la reforma carolingia (de fines del VIII) y de su implantación en España (en el concilio de Burgos de 1080) hubo una pronunciación del latín diferente de la romance. Nada de esto. Según él, los textos latinos se leían simplemente a la manera romance, igual que un inglés de nuestra época pronuncia *knight*, con ortografía heredada del inglés antiguo, como [náiit] o un francés pronuncia *monsieur*, igualmente con ortografía que refleja una época pasada, como [mösíé]. Las *Glosas* y el latín popular leonés serían simples muestras de esta situación.

En otras palabras, que según Wright, hacia fines del siglo XI en España (y hacia comienzos del IX en Francia), lo que nace propiamente es el latín medieval. El latín habría ido evolucionando hasta el romance, sólo que se escribiría a la latina, pero se leería en cada momento como la lengua usual. Y cuando los eruditos carolingios re-

² R. Wright, *Latín tardío y romance temprano*, Madrid, Gredos, 1989, 76 y 309.

forman la lengua de la Iglesia y de la administración, de manera que cada letra corresponda a un sonido, los textos latinos se volverán ininteligibles para los legos y se sentirá la necesidad de escribir en romance al tiempo que, liberados de la necesidad de acercarse al pueblo, los escritores fueron perfeccionando cada vez más su latín. Ello determina la aparición de textos redactados en romance, en Francia desde el siglo IX (comenzando por los célebres *Juramentos de Strasburgo* de 842) y en España desde fines del XI.

Tan apenas vamos a entrar a comentar una afirmación tan sorprendente que no puede dejar de provocar cierta incredulidad. Es evidente que un inglés o un francés de nuestro siglo obran así después de un aprendizaje laboriosísimo y que trasladar este tipo de praxis a la Edad Media europea sin más resulta aventurado. Entre los muchos críticos de Wright, sirva mencionar las objeciones que le plantea Th. J. Walsh³. Este autor concede que ciertos textos latinos, como el siguiente pasaje de un documento zamorano de mediados del siglo XI:

Et quando dedit domno Migael Citiz illa casa ad illo abbate, ille jacente in suo lectu, uenit filio de Rodrigo Moniz et suo uassallo et prendiderunt suo clerigo ad sua uarua et souarunt illum et jactarunt eum in terra ad te suos pedes de illo abbate,

pueden ser parafraseados palabra por palabra en español moderno sin pérdida de inteligibilidad:

Y cuando dio dueño Miguel Cidez la casa al abad, él yacente en su lecho, vino el hijo de Rodrigo Moniz y su vasallo y prendieron su clérigo a su barba y sobáronlo y echáronlo en tierra ante [?] los pies del abad.

El problema es que este tipo de textos resulta muy infrecuente. Cuando se considera el siguiente texto, elegido arbitrariamente en el mismo manuscrito en el que aparecieron las *Glosas Emilianenses*:

³ «Spelling lapses in early medieval Latin documents and the reconstruction of primitive Romance phonology», en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London, Routledge, 1991, 205-218.

Quoniam necdum homines sciunt quod soror mea es, parum de via secede donec transeant. Et post transgressos illos, vocat eam: Eamus, soror, uiam nostram. Illa autem non respondente perquirens inuenit eam mortuam et vestigia pedum eius plena sanguine,

resulta obvio, dice Walsh, que la pronunciación romanceada del mismo conduce a un resultado indescifrable para los hablantes nativos del siglo X. Por ejemplo, la frase *ingrediamur, inquit, domum*, que, presumiblemente se decía [entrémoz en (e)la casa, disho] en español del siglo X, sonaría con fonética romance algo así como [engrediamor, inkid, domu], secuencia incomprensible para el hablante nativo iletrado. A no ser que la lectura consistiese en la mencionada equivalencia romance, pero ello no supone que el texto escrito se leía a la manera romance, sino que se traducía a dicho idioma y, por tanto, que había dos lenguas, el latín y el romance.

El argumento de Walsh parece irrefutable. Si lo que se pretendía con la lectura romanceada de textos escritos en latín era que el pueblo comprendiese su significado, resulta evidente que así no se lograba dicho propósito, pues había una gran cantidad de palabras que no han dejado huella en romance y que el pueblo no podía entender. Si, por el contrario, nos hallamos ante una traducción, es de suponer que un conocimiento imperfecto del latín, previsible en muchos clérigos y notarios, debía conducir ora a versiones heréticas, ora a disparates legales. Por ejemplo, el mismo Wright (*op. cit.*, pág. 252) sugiere que esta secuencia de un texto leonés de comienzos del siglo X:

Et si quis tamen, cod fieri minime non credo, aljquis tjui contra anc uindicionem mea at Inrumpendum uenerit uel uenire conauero

sonaría más o menos como

esekítamne, kefjéremémenokreo, alkítie kwéntrankvendzónemia aenrompjéndovinjére velvenírekonáro,

sin advertir que los estupefactos testigos de este acto notarial difícilmente podrían entenderlo.

Los objetores de Wright señalan unánimemente que sus puntos de vista están influidos en exceso por la peculiar situación de la ortografía de su idioma materno, el inglés, respecto a la lengua hablada. Esto es verdad, si bien creo que existen otros factores culturales más significativos a los que no se suele aludir. En el fondo, como Wright ha reconocido varias veces, su hipótesis no ha sido probada (difícilmente podríamos saber cómo se leían los textos en la alta Edad Media europea), pero resulta necesaria, según él, para explicar que los oficios religiosos y los actos jurídicos eran comprendidos por el pueblo. Sin embargo, con independencia de que, según acabamos de ver, este romanceamiento del latín tampoco los hacía comprensibles, la pregunta capital, a mi modo de ver, es la de por qué habían de resultar inteligibles. La Iglesia Romana substituyó el latín por las lenguas vulgares en la liturgia hace tan sólo unas décadas. Todavía en los años cincuenta y sesenta, antes del Concilio Vaticano II, la liturgia se celebraba fundamentalmente en latín y nadie se extrañaba, pero, al mismo tiempo, casi nadie la comprendía. El sentido de lo sagrado, tan vinculado al catolicismo, lejos de repudiar el secreto, lo privilegia. No es una casualidad que la reforma luterana escindiese la Cristiandad en dos partes, la del norte, donde triunfaron el libre examen y las versiones de la Biblia en lengua vulgar, y la del sur, en la que se impuso el catolicismo y, con él, la liturgia y los textos latinos. Estos países son los que, hoy como antaño, hablan lenguas románicas: francés, español, catalán, italiano, portugués. Los del norte nunca tuvieron el latín como referente sagrado de su propio idioma y este es un factor que no se puede ignorar. Algo parecido cabe decir, por cierto, de los textos notariales. También aquí hay una Europa que se basa en el derecho consuetudinario, la septentrional, y otra que ha heredado el derecho romano, la meridional. Pero en España, en Italia, en Portugal, la gente del pueblo que acude a la notaría para formalizar la escritura de compra de un piso no pretende que el abstruso discurso del notario sea comprensible en su totalidad. Al contrario, el notario está ahí para

evitar que les engañen, y se conforman con que, después de la lectura, les resuma rápidamente en lenguaje coloquial los términos del acuerdo.

§ 1.2. EL LLAMADO LATÍN TARDÍO

No sabemos cómo se leían los textos latinos en España antes del siglo XII. Lo más probable es que hubiera tradiciones locales de lectura y además que, según la formación y la pericia de cada lector, se obtuviesen resultados más o menos alejados del latín clásico. Poco importa, pues tampoco sabemos exactamente cómo sonaba el latín de Cicerón y de César, y es seguro que tampoco la propuesta de Alcuino logra restaurar el original. Atengámonos empero a los hechos. Cualquier latinista sabe que el llamado latín medieval, el que sigue a la reforma carolingia, es un latín «mejor» que el de los siglos oscuros. Aquí «mejor» quiere decir más próximo al latín clásico, que fue el modelo que guió la reforma. Pero aún hay más. En realidad, el latín medieval no sólo es «mejor», en el sentido aludido, que el latín de los siglos VI al VIII, también «suenan» más a latín de Cicerón que el de algunos textos del latín cristiano del siglo IV como los sermones de algunos padres de la Iglesia o la Vulgata, por más que este sea sintácticamente perfecto. Esto se puede apreciar perfectamente cotejando los siguientes textos elegidos al azar y en los que hemos añadido una versión literal en español⁴:

Et tamen te suspicor eisdem rebus, quibus me ipsum, interdum gravius conmoveri; quarum consolatio et maior est et in aliud tempus differenda. (Cicerón, *De senectute*, 1, 1).

[Y no obstante tú sospecho por las mismas cosas, por las cuales yo mismo a veces fuertemente estar agitado, de las cuales el consuelo no sólo mayor es sino también para otro tiempo debiendo ser diferido.]

Sólo una persona que conozca bien la lengua latina clásica puede comprender este texto e interpretarlo en español como sigue:

⁴ La versión literal y la traducción son de la edición de E. Valentí Fiol, Barcelona, Bosch, 1967.

Sospecho, con todo, que algunas veces te sientes seriamente preocupado por las mismas circunstancias que a mí me inquietan; pero consolarte de ellas es cosa de mayor empeño, y hay que diferirlo para otra ocasión.

Y si es difícil entenderlo al leer, no digamos al oírlo recitado por otra persona: aparte del orden de palabras, tan diferente, tenemos una oración de infinitivo, que además es pasiva, y un gerundivo.

Lo mismo ocurre con la mayor parte de los textos en latín medieval, por ejemplo con este fragmento del siglo XII:

Sed sollicitus quaerere posses quid de monacharum fateamur amore. Sed dicimus earum solatia tanquam animae pestem penitus esse vitanda, quia maxima inde coelestis sequitur indignatio patris. (Andreas Capellanus, *De amore*)⁵.

[Pero ansioso preguntar pudieras qué sobre de las monjas manifestamos el amor. Pero decimos de ellas los consuelos tanto como del alma la pérdida profundamente han de ser evitados, porque máxima de ello del celestial se sigue indignación padre.]

¿Qué fieles no se quedarían con la boca abierta al oír este sermón leído a la manera romance?; ¿cuál de ellos comprendería que lo que se quiere decir es lo siguiente?:

Pero podrías preguntar ansioso qué opinamos sobre el amor de las monjas. Mas decimos que las carantoñas de ellas deben ser evitadas tan profundamente como la pérdida del alma, porque de ahí se sigue la máxima indignación del padre celestial.

Como antes, los problemas no sólo residen en el orden de palabras, tan ajeno al sentimiento lingüístico romance: también nos encontramos un participio de futuro pasivo (sobre el tardío VITARE y ya no sobre CAUERE), y un deponente usado como impersonal.

⁵ Para el texto cfr. K. Sidwell, *Reading Medieval Latin*, Cambridge University Press, 1995, 333; la traducción es mía.

Lo mismo cabe decir de este texto muy anterior, que es una de las primeras muestras del latín carolingio:

Cum enim assiduo ac poene continuo cum Saxonibus bello certaretur, dispositis per congrua confiniorum loca praesidiis, Hispaniam quam maximo poterat belli apparatu adgreditur; saltuque Pyrinei superato, omnibus, quae adierat, oppidis atque castellis in deditionem accepit, salvo et incolomi exercitu revertitur; praeter quod in ipso Pyrinei iugo Wasconicam perfidiam parumper in redeundo contigit experiri (Eginardo, *Vita Karoli*, 9)⁶,

el cual viene a significar lo siguiente:

Así pues, tras haber luchado con los sajones en una guerra muy intensa y casi continua, y habiendo dispuesto las defensas en los lugares adecuados de las fronteras, se dirige a España con el mayor aparato guerrero posible; y superando el paso del Pirineo, después de haber recibido la capitulación de todas las ciudades y castillos a los que se había aproximado, regresa con el ejército incólume y a salvo; no obstante, en esta misma cresta del Pirineo alcanzó a experimentar por un instante la perfidia de los vascones mientras volvía;

aunque difícilmente podríamos saberlo a partir de la traducción literal:

Como pues con asidua y casi continua con los sajones guerra hubiese sido luchado, dispuestas por los adecuados de las fronteras lugares las defensas, a España con cuanto más había podido de guerra aparato se dirige, todas, a los que se había acercado, ciudades y castillos en rendición recibidas, con a salvo e incólume el ejército vuelve; excepto que en la misma del Pirineo cresta la vasconica perfidia por un instante al volver alcanzó a experimentar.

Pues bien, examínese ahora un pasaje al que no han llegado los ecos de la reforma de Alcuino, extraído de una Crónica Mozárabe anónima de la misma época que el anterior (mediados del siglo VIII),

⁶ Apud A. Fontán y Ana M.^a Moure, *Antología del latín medieval*, Madrid, Gredos, 1987, 194-195; la traducción libre y la literal son mías.

pero del territorio de Al-Andalus, un territorio en el que se considera —con justicia, desde el punto de vista de los latinistas— que el latín decae y que a menudo los textos son casi incomprensibles:

Requisitus uero et coniuratus Taio episcopus a papa Romano quomodo ei tam ueridicus fuisset librorum illorum locus ostensus, hoc illi post nimiam deprecationem cum nimia alacritate est fassus, quod quadam nocte se ab hostiariis ecclesie beati Petri apostoli expetit esse excubium⁷.

[Requerido, en verdad, y conjurado Taio, el obispo, por el papa Romano sobre cómo a él tan claramente había sido de los libros aquellos el lugar mostrado, esto a él después de mucha(s) súplica(s) con mucha alegría confesó: que cierta noche él por los porteros de la iglesia de San Pedro apóstol pidió ser despertado [mantenido despierto].

Como se puede advertir, pese a las faltas de ortografía (*hostiariis* por *ostuariis*, *ecclesie* por *ecclesiae*) y a los términos desconocidos del latín clásico (*excubium*), el sentido resulta patente para un hispanohablante moderno sin más que cambiar ligeramente el orden de palabras. Con más razón había de resultar comprensible para los mozárabes del siglo VIII.

Tampoco hay demasiada dificultad para entender un texto de San Isidoro, dos siglos anterior al de arriba, siempre que se conozca el sentido de las palabras y se tenga una leve idea de la morfología latina⁸:

Gothi de Magog Iaphet filio orti cum Scythis una probantur origine sati, unde nec longe a uocabulo discrepant. Demutata enim ac detracta littera Getae quasi Scythae sunt nuncupati. Hi igitur occidentis glacialia iuga inhabitantes quaequae sunt ardua montium cum ceteris gentibus possidebant. Quibus sedibus inpetu gentis Hunorum pulsus Danubium transeunt, Romanis se dedunt; sed dum iniurias eorum non sustinerent, indignati arma sumunt, Thraciam inruunt, Italiam uastant, obsessam urbem capiunt, Gallias adgrediuntur patefactisque Pyrenaeis montibus Spanias usque perueniunt ibique sedem uitae atque imperium locauerunt (San Isidoro, *Historia Gothorum*, 66).

⁷ Para el texto, Sidwell, *op. cit.*, 130-131; la traducción es mía.

⁸ Para el texto, A. Fontán y A. M.^a Moure, *op. cit.*, 140-141; la traducción es mía.

[Los godos, de Magog, [que era] de Jafet el hijo, salieron, [y] con los escitas de un mismo, según se probó, origen nacieron, del cual tan apenas por un vocablo discrepan. Cambiada, pues, y quitada una letra, los Getas casi como Scitas son llamados. Estos, de occidente los glaciales yermos en los que habitaban (algunos son [meros] escarpados de los montes) junto con las restantes gentes poseían. Desde los cuales asentamientos, por el ímpetu de la tribu de los hunos impulsados, el Danubio pasan, [y] a los romanos se ofrecieron; pero como las injurias de estos no soportaran, indignados las armas toman, en Tracia irrumpen, Italia devastan, la asediada urbe toman, a las Galias se dirigen y por los abiertos Pirineos montes hasta España llegan y allí su lugar para vivir y su poder establecieron.]

Es evidente que el latín de este texto resulta «mejor» para un latinista que el de arriba, pues San Isidoro muestra una voluntad de estilo de la que es incapaz el autor mozárabe. Sin embargo, es de destacar que, fuera de ciertos patrones de orden de palabras (sobre todo «objeto + verbo»), de los deponentes y de los participios de presente, la forma de concebir este mensaje, su desarrollo conceptual como si dijéramos, no se aparta sustancialmente del texto romance correspondiente.

En cambio, las diferencias saltan a la vista cuando se considera el siguiente texto de Julio César en el que también se habla de pueblos que trabaron relación con Roma⁹:

Gallos ab Aquitanis Garunna flumen, a Belgis Matrona et Sequana dividit. Horum omnium fortissimi sunt Belgae, propterea quod a cultu atque humanitate provinciae longissime absunt, minimeque ad eos mercatores saepe commeant atque ea, quae ad effeminandos animos pertinent, important, proximique sunt Germanis, qui trans Rhenum incolunt, quibuscum continenter bellum gerunt (César, *De bello gallico*, I).

[Los galos de los aquitanios el Garona río, de los belgas el Marne y el Sena separa. De estos todos los más esforzados son los belgas, porque de la cultura y de la civilización de la provincia lejísimamente

⁹ La versión literal es de la edición de L. Segalá, Barcelona, Bosch, 1984.

distan, y lo menos a ellos los mercaderes a menudo van y esas cosas, que para afeminar los ánimos sirven, llevan, y próximos son de los germanos, que tras el Rhin habitan, con los cuales continuamente la guerra hacen.]

Desde luego, no parece fácil imaginar que un auditorio romance altomedieval, más o menos entrenado en el léxico latino, hubiera comprendido sin más el siguiente sentido:

El río Garona separa a los galos de los aquitanos y el Marne y el Sena los separan de los belgas. Los belgas son los más esforzados de todos estos, porque están muy lejos de la cultura y de la civilización de la provincia, y les llegan con muy poca frecuencia los mercaderes que traen aquellas cosas que contribuyen a afeminar los espíritus. Son los que están más cerca de los germanos del otro lado del Rin, con los que hacen frecuentemente la guerra.

Pudiera pensarse que la diferencia es temporal. A partir de cierto momento, digamos el siglo v, en el que cae el imperio de Occidente, el latín clásico cede el paso a un protorroance sólo superficialmente latinizado, el cual vuelve a asumir todas las galas y complejidades del latín a partir de la reforma carolingia, es decir, a partir del siglo xii en España, con excepción de Cataluña:

latín clásico:
s. iii a. C. hasta s. v d. C.

latín medieval reformado:
s. xii en adelante

latín protorroánico: s. vi al xi d. C.

§ 1.3. LA SINTAXIS DE LA VULGATA COMO SINTAXIS PROTORROMÁNICA

No obstante, este esquema temporal se ve matizado por una apreciación cualitativa. Cuando se examina la versión que San Jerónimo

hizo de la Biblia, esto es, la Vulgata, se advierte que el texto de dicho documento, en el que propiamente hunde sus raíces el llamado latín cristiano, no sólo es protorroánico, sino prácticamente romance por lo que respecta a su estructura textual. Esto puede advertirse en cualquier pasaje tomado aleatoriamente, largo o breve, de una parte o de otra:

Tunc [entonces] *uenerunt* [vinieron] *duae* [dos] *mulieres* [mujeres] *meretrices* [meretrices] *ad regem* [al rey], *steteruntque* [y se quedaron de pie] *coram* [ante] *eo* [él]. *Quarum una* [una de las cuales] *ait* [dijo], *obsecro* [te suplico], *mi* [mi] *domine* [señor]; *ego* [yo] *et* [y] *mulier haec* [esta mujer] *habitabamus* [vivíamos] *in* [en] *domo una* [la misma casa], *et* [y] *peperi* [parí] *apud* [al lado de] *eam* [ella] *in* [en] *cubiculo* [la habitación]. *Tertia autem dia* [pero el tercer día] *postquam* [después de que] *ego* [yo] *peperi* [parí], *peperit* [parió] *et* [también] *haec* [esta]; *et* [y] *eramus* [estábamos] *simul* [juntas], *nullusque alius* [y ningún otro] *nobiscum* [con nosotras] *in domo* [en la casa], *exceptis* [excepto] *nobis* [nosotras] *duabus* [dos]. *Mortuus est* [murió] *autem* [empero] *filius* [el hijo] *mulieris huius* [de esta mujer] *nocte* [por la noche], *dormiens quippe* [porque durmiendo] *oppressit eum* [lo aplastó]. *Et* [y] *consurgens* [levantándose] *intempestae noctis* [a media noche] *silentio* [en silencio], *tulit* [se llevó] *filium meum* [a mi hijo] *de latere meo* [de mi lado], *ancillae tuae* [de tu sierva] *dormientis* [que dormía], *et* [y] *collocavit* [lo colocó] *in sinu suo* [en su seno]: *suum autem filium* [en cambio su hijo], *qui erat mortuus* [que estaba muerto], *posuit* [lo puso] *in sinu meo* [en mi seno]. *Cumque* [y cuando] *surrexissem* [me levanté] *mane* [por la mañana] *ut* [para] *darrem* [dar] *lac* [leche] *filio meo* [a mi hijo], *apparuit* [apareció] *mortuus* [muerto]; *quem* [el cual] *diligentius* [cuidadosamente] *intuens* [examinando] *clara* [con buena] *luce* [luz], *deprehendi* [me dí cuenta de que] *non* [no] *esse* [era] *meum* [el mío] *quem* [el que] *genueram* [había concebido]. *Responditque* [y respondió] *altera* [la otra] *mulier* [mujer]: «*non* [no] *est* [es] *ita* [tal] *ut* [como] *dicis* [dices], *sed* [sino] *que* [filius tuus] [tu hijo] *mortuus est* [murió], *meus autem* [pero el mío] *uiuit* [vive]». *E contrario* [por el contrario] *illa* [aquella] *dicebat* [decía]: «*mentiris* [mientes]: *filius quippe meus* [pues mi hijo] *uiuit* [vive], *et* [y] *filius tuus* [tu hijo] *mortuus est* [ha muerto]. *Atque* [y] *in*

hunc modum [de esta manera] *contendebant* [disputaban] *coram* [en presencia] *rege* [del rey]. *Tunc* [entonces] *rex* [el rey] *ait* [comentó]: *Haec* [esta] *dixit* [ha dicho]: «*Filius meus* [mi hijo] *vivit* [vive], *et filius tuus* [y tu hijo] *mortuus est* [murió]». *Et ista* [y aquella] *respondit* [le ha contestado]: «*Non* [no es así], *sed* [sino que] *filius tuus* [tu hijo] *mortuus est* [murió], *meus* [el mío] *autem* [sin embargo] *vivit* [vive]». *Dixit* [dijo] *ergo* [entonces] *rex* [el rey]: «*afferte mihi* [traedme] *gladium* [una espada]». *Cumque* [y cuando] *attulissent* [hubieron llevado] *gladium* [una espada] *coram* [ante] *rege* [el rey]: «*diuidite* [dividid], *inquit* [dijo], *infantem* [el niño] *uiuum* [vivo] *in* [en] *duas* [dos] *partes* [partes], *et* [y] *date* [dad] *dimidiam* [media] *partem* [parte] *uni* [a una], *et* [y] *dimidiam* [media] *partem* [parte] *alteri* [a la otra]». *Dixit* [dijo] *autem* [empero] *mulier* [la mujer] *cuius* [cuyo] *filius* [hijo] *erat* [estaba] *uiuus* [vivo] *ad regem* [al rey] (*commota* [conmovidas] *sunt* [estaban] *quippe* [en efecto] *uiscera eius* [las entrañas de ella] *super* [a favor de] *filio suo* [su hijo]): «*obsecro* [te ruego], *domine* [señor], *date* [que le entregues] *illi* [a ella] *infantem* [el niño] *uiuum* [vivo], *et* [y] *nolite* [desiste de] *interficere eum* [matarlo]». *E contrario* [por el contrario] *illa* [aquella] *dicebat* [decía]: «*nec mihi* [ni para mí] *nec tibi* [ni para ti] *sit* [sea], *sed* [sino] *dividatur* [que se divida]». *Respondit* [respondió] *rex* [el rey] *et* [y] *ait* [dijo]: «*date* [entregad] *huic* [a esta] *infantem* [el niño] *uiuum* [vivo], *et* [y] *non* [no] *occidatur* [sea sacrificado]: *haec* [esta] *est* [es] *enim* [ciertamente] *mater* [la madre] *eius* [de él]. *Audivit* [oyó] *itaque* [así pues] *omnis* [todo] *Israel* [Israel] *iudicium* [la sentencia] *quod* [que] *iudicasset* [había emitido] *rex* [el rey] *et* [y] *timuerunt* [temieron] *regem* [al rey], *uidentes* [viendo] *sapientiam* [que la sabiduría] *Dei* [de Dios] *esse* [estaba] *in eo* [en él] *ad faciendam* [al impartir] *iudicium* [justicia] (Vulgata, *Reyes*, III.3.16-28).

He aquí un texto impresionante. No hay duda de que se trata de latín: los casos se usan correctamente (pero *ad* + acusativo con verbos declarativos); el subjuntivo, también; hay oraciones de infinitivo, participios, relativos antepuestos a su antecedente, en fin, todo lo que se espera en un texto latino clásico. Y, sin embargo, el pensamiento de San Jerónimo ya no transcurre por cauces latinos, y eso que estamos todavía en el siglo iv. Se trata de un pensamiento plenamente

romance, y de ahí que podamos seguirlo palabra por palabra prácticamente sin alteración alguna.

¿Debemos concluir de aquí que la sintaxis románica comienza a finales del siglo iv d. C. con la obra de San Jerónimo? Sí y no: comienza con la Vulgata y aun puede decirse que había comenzado antes con las primeras versiones latinas de la Biblia — la llamada *Vetus Latina* —, pero no con Jerónimo como autor. Para darse cuenta de esto basta con considerar el tipo de lengua que emplea en otros escritos, por ejemplo, en el que dedica a plasmar su postura sobre el problema de la traducción:

Paulus [Pablo] *apostolus* [el apóstol] *praesente* [estando presente] *Agrippa* [Agripa] *rege* [el rey] *de criminibus* [sobre los delitos] *responsurus* [para responder] *quod* [lo que] *posset* [pudiese] *intelligere* [comprender] *qui* [el que] *auditurus erat* [había de oír], *securus* [seguro] *de* [sobre] *causae* [de la causa] *uictoria* [la victoria] *statim* [al punto] *in principio* [al principio] *gratulatur* [se congratula] *dicens* [diciendo]: «*de omnibus* [de todas las cosas] *quibus* [de las que] *accusor* [soy acusado] *a Iudaeis* [por los judíos], *o rex Agrippa* [oh rey Agripa], *aestimo* [considero] *me* [que yo] *beatum* [feliz] *cum* [porque] *apud te* [ante ti] *sim* [haya] *hodie* [hoy] *defendendus* [de defenderme] *qui* [quien] *praecipue* [principalmente] *nosti* [conociste] *cunctas quae* [todas las que] *in Iudaeis* [entre los judíos] *sunt* [existen] *consuetudines* [costumbres] *et quaestiones* [y argumentos]». *Legerat* [había leído] *enim* [pues] *illud* [aquello] *Esaiiae* [de Isaías]: «*beatus* [feliz] *qui* [el que] *in aures* [en los oídos] *loquitur* [habla] *audientis* [del oyente]». *Et nouerat* [y había conocido] *tantum* [tanto] *oratoris* [del orador] *uerba* [las palabras] *proficere* [aprovechar] *quantum* [cuanto] *iudicis* [del juez] *prudencia* [la prudencia] *cognouisset* [hubiese conocido] (San Jerónimo, *Ad Pammachium. De optimo genere interpretandi*, I)¹⁰.

Es muy dudoso que una mente románica pueda entender este texto a base de traducir palabra por palabra, sin efectuar los necesarios reajustes como sigue:

¹⁰ Edición de A. Nascimento, Lisboa, Medievalia, 1995; la traducción interlineal y la traducción libre son mías.

El apóstol Pablo, seguro del éxito de su causa, para responder ante el rey Agripa de los delitos [que le imputaban] aquello que pudiese ser comprendido mejor por quien había de oírle, comenzó congratulándose diciendo: «Oh rey Agripa, me considero feliz de tenerme que defender hoy de todas las cosas de las que soy acusado por los judíos [precisamente] ante ti que conoces tan bien todas las costumbres y los argumentos [que suelen darse] entre los judíos». Pues había leído aquello de Isaías: «feliz aquel que habla en los oídos del que oye», y sabía que las palabras del orador aprovechan tanto cuanto [es capaz de] discernir la prudencia del juez.

El latín de San Jerónimo, como el de San Agustín y el de tantos autores cristianos, no tiene nada de particular, es un latín básicamente similar al de los escritores que configuraron el paradigma textual de la lengua clásica, aunque con alguna construcción específica, pues no en vano habían pasado cuatro siglos. Las diferencias, y son radicales, surgen cuando confrontamos el latín bíblico con el resto de los textos latinos, cristianos o no. El mismo San Jerónimo deja esto muy claro, en la epístola *Ad Pammachium* que estamos considerando, cuando se reclama heredero de la práctica traductora de Cicerón y, sin embargo, excluye de dicho supuesto la traducción del texto sagrado en el que, afirma, hasta el orden de las palabras es misterioso:

Ego enim non solum fateor, sed libera uoce profiteor me in interpretatione Graecorum absque scripturis sanetis, ubi et uerberum ordo mysterium est, non uerbum e uerbo sed sensum exprimere de senso. Habeoque huius rei magistrum Tullium... (San Jerónimo, *Ad Pammachium*, V)

[Pues yo no sólo afirmo, sino que también proclamo abiertamente, que al traducir de los griegos — con excepción de las Sagradas Escrituras en las que el orden de las palabras es un misterio —, no me expreso palabra por palabra sino sentido por sentido. Y en este asunto tengo por maestro a Tulio [Cicerón]...]

Ch. Mohrmann, la principal animadora del círculo de Nimega, ha visto con claridad que el latín bíblico representa una ruptura en la

historia del latín, pero no ha extraído, a mi entender, las consecuencias oportunas, tal vez porque se trata de una (gran) latinista y no de una romanista: «The activity of the earliest Bible translators occurred right at the beginning of the latinization of the Christian communities, which doubtless began with the colloquial language. The fact that Early Christian Latin as written language begins, as it were, with the Bible translations is, in my opinion, extremely important for the whole of its later development. For it is largely thanks to these early translators of the Bible, that Early Christian Latin (which suffered a profound Biblical influence) followed the Greek examples so scrupulously, and is also so chary of certain profane elements... For the Latins this means as faithful a reproduction as possible, in extremely untraditional Latin, of Greek texts which were already somewhat exotic»¹¹.

§ 1.4. LATÍN BÍBLICO, LATÍN VULGAR Y PROTORROMANCE

Los primeros cristianos de Occidente no eran hablantes de latín, sino de griego. En los reducidos círculos de la ciudad de Roma en los que se incubó el cristianismo no había apenas ciudadanos romanos, sino fundamentalmente esclavos, marineros y mercaderes venidos de Oriente o de fuera del Imperio. Estas gentes tenían la koiné griega como lengua de intercambio¹² y manejaron la versión helénica de la Biblia, la de los Setenta, para sus prácticas religiosas. Pero conforme iban incorporándose nuevos adeptos, en un principio de clase baja, se fue sintiendo la necesidad de traducir dichos textos al latín. No obstante, como los niveles de exigencia normativa del auditorio; inculto o extranjero, eran muy bajos, el latín al que fueron vertidos los libros

¹¹ Ch. Mohrmann, «Linguistic Problems in the Early Christian Church», *Études sur le latin des chrétiens*, Roma, 4 vols., I-II, 1961, 186-187.

¹² No sólo ellos: Juvenal ya se queja de que en el siglo I d. C. Roma era una ciudad griega.

sagrados, la *Vetus Latina*, fue un latín especialmente bárbaro y extraño, el latín bíblico, un latín que traducía palabra por palabra un texto griego hebraizado.

En la valoración del latín cristiano se ha pasado de marginar completamente el latín bíblico a reconocer su importancia capital en la constitución de esa lengua especial que fue el latín de los cristianos. Como señala Olegario García de la Fuente¹³: «Porque, en definitiva, el concepto de *latín cristiano* es bastante más amplio que el de *latín bíblico*. El latín cristiano abarca, en efecto, desde la lengua popular de las inscripciones cristianas hasta la lengua, con aspiraciones clásicas, de Minucio Félix y Lactancio, pasando por la lengua elegante y cuidada de Hilario, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, sin olvidar la de Prudencio, Paulino de Nola o Sedulio. El *latín bíblico*, en cambio, es exclusivamente el latín popular especial de las antiguas versiones de la Biblia y el latín algo más cuidado y correcto de la Vulgata de Jerónimo. Este latín fue sin duda la base del latín cristiano... Nunca se insistirá, pues, lo bastante en la importancia del *latín bíblico* para explicar el *latín cristiano*. Pero esto no obsta para que se pueda y se deba distinguir entre latín bíblico y latín cristiano, puesto que hay muchos elementos del latín bíblico que no han pasado al latín cristiano y que, por tanto, nunca formaron parte habitual y normal de la lengua hablada y escrita por los cristianos».

Es verdad que hay construcciones, generalmente de origen hebreo, que por su crudeza sintáctica o semántica nunca fueron admitidas por los autores cristianos que escribían latín, aunque las aceptasen en la versión latina de la Biblia a cuenta de su valor sagrado. Sin embargo, tal y como se presenta aquí, parece que el latín bíblico es una rareza que ha permanecido al margen de la evolución del latín cristiano y que nada tenía que ver con la lengua popular. Lo curioso es que cuando se consideran las fuentes que se suelen contar como testimonios del llamado latín vulgar, es decir, los textos que presuntamente reflejan el habla y su evolución, nos encontramos con que fuera de la

¹³ *Latín bíblico y latín cristiano*, Madrid, CEES, 1994, 168-169.

Coena Trimalchionis, anterior al desarrollo del cristianismo, casi todos los testimonios son textos del latín cristiano en los que se advierte la impronta bárbara y simplificadora del latín bíblico. Por ejemplo, en la *Antología de latín vulgar* que F. de B. Moñé añadió al conocido manual de C. H. Grandgent¹⁴ figura, como en todas ellas, la *Peregrinatio ad loca santa* de la monja Egeria. Pero cuando se considera, sin ir más lejos, el primer fragmento de la misma, uno se pregunta qué tiene de particular en comparación con otros textos del latín bíblico:

Interea [mientras tanto] *ambulantes* [andando] *peruenimus* [llegamos] *ad quendam* [a cierto] *locum* [lugar], *ubi* [donde] *se* [...] *tamen* [ciertamente] *montes illi* [los montes aquellos], *inter quos* [entre los que] *ibamus* [íbamos], *aperiebant* [se abrían] *et faciebant* [y formaban] *ualllem* [un valle] *infinitam* [ilimitado] *ingens* [en grado sumo], *plannissimam* [muy llano] *et ualde* [y considerablemente] *pulchram* [hermoso], *et trans* [y detrás del] *ualllem* [valle] *apparebat* [aparecía] *mons* [la montaña] *sanctus* [sagrada] *Dei* [de Dios] *Syna* [el Sinaí].

Cotéjese, por ejemplo, con el siguiente pasaje de la Vulgata:

Factum est [sucedió] *autem* [pues] *in diebus illis* [en los días aquellos], [que] *exiit* [salió] *edictum* [un edicto] *a Caesare Augusto* [de César Augusto] *ut* [para que] *describeretur* [se registrase] *univerrsus* [la totalidad] *orbis* [del mundo]. *Haec descriptio* [este censo] *prima* [por primera vez] *facta est* [se hizo] *a praeside* [bajo el gobernador] *Syriae* [de Siria] *Cyrino* [Cirino]; *et ibant* [e iban] *omnes* [todos] *ut profiterentur* [para censarse] *singuli* [uno por uno] *in suam ciuitatem* [a su ciudad]. *Ascendit* [subió] *autem* [pues] *et Ioseph* [José] *a Galilea* [desde Galilea] *de civitate Nazareth* [de la ciudad de Nazaret] *in Iudaeam* [hasta Judea] *in ciuitatem David* [a la ciudad de David], *quae* [que] *uocatur* [se llama] *Bethlehem* [Belén], *eo quod* [dado que] *esset* [era] *de domo* [de la casa] *et familia* [y de la familia] *David* [de David], *ut profiteretur* [para registrarse] *cum Maria* [con María], *desponsata* [casada] *sibi* [con él], *uxore* [mujer] *praegnante* [embarazada]. *Factum est* [sucedió] *autem* [pues], *cum essent* [cuando

¹⁴ *Introducción al latín vulgar*, Madrid, CSIC, 1963.

do estaban] *ibi* [allí], [que] *impleti sunt* [se cumplieron] *dies* [los días] *ut* [para que] *pareret* [pariera]. *Et peperit* [y parió] *filium suum* [a su hijo] *primogenitum* [primogénito] *et pannis* [y con trapos] *eum* [lo] *inuoluit* [envolvió] *et reclinauit* [y reclinó] *eum* [lo] *in praesepio* [en un pesebre], *quia* [porque] *non erat* [no había] *eis* [para ellos] *locus* [sitio] *in diuersorio* [en la posada] (Lucas 2, 1-14)¹⁵.

Como se puede ver, este texto y el de la *Peregrinatio*, ambos de fines del siglo iv d. C., pertenecen al mismo universo lingüístico. El orden de palabras es el mismo y, además, coincide con el de las lenguas románicas hasta extremos verdaderamente sorprendentes. En ambos textos se advierte ya un empleo incipiente de los demostrativos como artículos (*montes illi*, Pg.; *in diebus illis*, Vg.). También coinciden en servirse de adjetivos a modo de adverbios (*ingens*, Pg.; *prima*, Vg.). La única diferencia, que no en vano Jerónimo era un escritor sofisticado y Egeria una dama aficionada a las letras, aunque de ninguna forma inculta, es que las construcciones reflexivas romances todavía se expresan mediante la pasiva en la Vulgata (*uocatur*), mientras que en la *Peregrinatio* ya tenemos un giro pronominal (*se... aperiebant* por *aperiebantur*). Claro que el hecho de que algunas de las formas morfológicamente pasivas de la Vulgata pertenezcan a verbos deponentes (*describeretur*, *profiteretur*), explica cómo se produjo la transición entre ambas situaciones.

La Vulgata, como su antecesora la *Vetus Latina*, está influida, en su orden de palabras y en sus procedimientos sintácticos, por los moldes mentales de la lengua hebrea, los cuales traduce con bastante fidelidad. Pero esto ya no sucede en el texto que hemos escogido, perteneciente al Nuevo Testamento y, además, al de San Lucas, el único evangelista que tenía el griego como lengua materna y que, por ello, tan apenas escribe con algún semitismo. San Jerónimo, el redactor de la versión latina de este fragmento, ya no lo hace trasladando la estructura mental del hebreo y del arameo, escribe así de prime-

¹⁵ La traducción es mía.

ra mano, y ello porque, entre los cristianos del siglo iv, se aceptaba comúnmente que el latín de los textos sagrados tenía que ser así y no de otra manera.

¿Podemos afirmar que dicho latín, no demasiado diferente del de la *Peregrinatio*, es latín vulgar? O también, ¿seguiremos considerándolo como muestra de latín vulgar, igualmente recogida en la *Antología* de Moll, el de la *Regula Monachorum* de San Benito, del siglo vi?:

Cellarius [el administrador] *monesterii* [del monasterio] *eligatur* [que se elija] *de* [de entre] *congregatione* [la congregación] *sapiens* [sensato], *maturis moribus* [de buenas costumbres], *sobrius* [sobrio], *non multum edax* [poco glotón], *non elatus* [nada soberbio], *ni turbulentus* [ni agitado], *non iniuriosus* [ni injurioso], *non tardus* [ni perezoso], *non prodigus* [ni derrochador], *sed* [sino] *timens* [temeroso] *Deum* [de Dios], *qui* [alguien que] *omni* [para toda] *congregationi* [la congregación] *sit* [sea] *sicut* [como] *pater* [un padre]. *Curam* [cuidado] *gerat* [ha de tener] *de omnibus* [de todas las cosas]. *Sine* [sin] *iussionem* [permiso] *abbatis* [del abad] *nihil* [nada] *faciat* [haga]; *quae* [las cosas que] *iubentur* [se le ordenen] *custodiat* [custodie] (San Benito, *Regula Monachorum*, XXXI)¹⁶.

Es fácil darse cuenta de que todas estas muestras de latín, claramente antecedentes del romance en su aspecto sintáctico, son proto-románicas por ser ejemplos de latín bíblico o biblizante (es decir, escrito siguiendo los patrones de la Vulgata), antes que por parecerse a la lengua hablada. Al fin y al cabo no son textos conversacionales, no pretenden reflejar ninguna conversación real, como sucedía con las obras de Plauto, con el *Satyricon* o con los *Sermones* de San Agustín. Con independencia de que algunos usos reflejen mejor o peor el lenguaje coloquial, lo cierto es que el desprecio que la lengua de los cristianos podía suscitar en el siglo iii por su cercanía al coloquio, según nos cuenta Lactancio («*Quod prophetae communi ac simplici sermone, ut ad populum, sunt locuti. Contemnuntur itaque ab iis qui nihil audire vel legere nisi expoliturum ac disertum volunt*», *Div. Inst.*,

¹⁶ La traducción es mía.

V, I), ya no lo despiertan estos textos de un siglo VI en el que el cristianismo constituye el horizonte único de la cultura. No sabemos sino por muy pocos y discutibles testimonios cómo se hablaba en los siglos oscuros que siguen a la caída del Imperio de Occidente, en el VI, en el VII, en el VIII, en el IX. Pero sabemos muy bien cómo se escribía, gracias a miles de textos religiosos y profanos que lo demuestran. Y la forma de escribir permanece bastante constante desde las primeras versiones de la *Vetus Latina* (del siglo III) hasta el siglo XI.

Late en esta cuestión un malentendido que tiene que ver con la historia de la filología románica. Interesada tan sólo por los aspectos fonéticos y morfológicos del lenguaje, es comprensible que haya desdenado siempre el testimonio de los textos latinos? comprendidos entre los siglos V y XI (VIII para el francés) y se haya quedado prenda de los primeros testimonios claros en romance. Si en latín del siglo I d. C. tenemos *folia* y lo mismo en los textos latinos del III, del V, del VII, del IX, pero, de repente, registramos *hoja* en un documento romance, habrá que suponer una serie de etapas intermedias **folla*, **fozha*, **hozha*, que sólo podemos atisbar de manera muy imperfecta por «errores» cometidos en dichos textos latinos? Si en latín clásico había un sistema completo de casos y en romance ya no hay sino una sola forma, habrá que imaginar cómo pudo producirse la transición, presumiblemente a través de un sistema bicasual.

Pero en sintaxis, y sobre todo en sintaxis textual, la gran ausencia de la filología románica, todas estas precauciones son innecesarias. Es una ingenuidad pensar que la sintaxis textual de los siglos oscuros podía reflejar la lengua hablada, por la sencilla razón de que los hablantes analfabetos no tenían necesidad, para la vida corriente, sino de unas pocas estructuras sintácticas empleadas, además, de manera fragmentaria, es decir, que carecían propiamente de un componente sintáctico textual en su sistema lingüístico. Lo que llamamos sintaxis de las lenguas es, en gran medida, la sintaxis de los textos escritos¹⁷.

¹⁷ Me refiero, naturalmente, a la sintaxis del texto y a la de la oración compuesta aunque la sintaxis de la oración simple no deje de estar influida por la escritura.

Desde que se empezó a estudiar la conversación, más o menos a partir de los años sesenta de nuestro siglo, resulta patente que los textos orales no responden a la imagen de la sintaxis de cada lengua que nos proporcionan las gramáticas. Como destaca A. Narbona¹⁸: «Por todo ello, el acercamiento a la sintaxis coloquial ha de hacerse, al menos en la etapa inicial, desligado de la descripción gramatical usual, sencillamente porque responde en gran medida a esquemas organizativos no contemplados en ella».

Si esto es así por relación a los hispanohablantes del siglo XX, personas que han ido a la escuela, que leen habitualmente libros y periódicos, y que están expuestos cada día a una serie de textos escritos, ¿qué no habremos de decir para los pobladores analfabetos de la Península Ibérica entre el siglo V y el siglo XI? Estas personas no tenían sino una sintaxis coloquial, fragmentaria y parcelada, aunque en la iglesia estaban expuestas oralmente a textos escritos en latín (?) con una sintaxis biblizante estructurada. Por eso, cuando los pocos de entre ellos que sabían escribir en dicho latín (?), todos ellos gentes de Iglesia, pasaron a hacerlo en romance, se limitaron a copiar el esquema de la oración y del texto a que había llegado el latín biblizante y que había consolidado, con muy pocos cambios posteriores, ya en el siglo IV.

Esto se advierte claramente cuando se compara el primer texto francés, los *Serments de Strasbourg* (842), con la traducción al latín (pretendidamente clásico, pero, en realidad, biblizante) y con la traducción al francés moderno que propone F. Brunot¹⁹:

A) LATÍN

Per dei amorem et per christiani populi et nostram communem salutem, ab hac die, quantum Deus scire et posse mihi dat, seruabo hunc meum fratrem Carolum, et ope mea et in quacumque re, ut quilibet fratrem suum seruare iure debet, dummodo mihi idem faciat, et

¹⁸ «Sintaxis coloquial: Problemas y métodos», *L.E.A.*, XI/1, 1988, 81-106.

¹⁹ *Histoire de la langue française*, Paris, A. Colin, 1966, t. I, 144.

cum Clotario nullam unquam pactionem faciam, quae mea uoluntate huic meo fratri Carolo damno sit.

B) FRANCÉS ANTIGUO

Pro deo amur et pro christian poblo et nostro commun saluament, d'ist di en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo, et in aiudha et in cadhuna cosa, si com om per dreit son fradra salvar dift, in o quid il mi altresí fazet, et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai qui meon vol cist mon fradre Karlo in damno sit.

C) FRANCÉS MODERNO

Pour l'amour de Dieu et pour le salut commun du peuple chrétien et le nôtre, à partir de ce jour, autant que Dieu m'en donne le savoir et le pouvoir, je soutiendrai mon frère Charles de mon aide et en toute chose, comme on doit justement soutenir son frère, à condition qu'il m'en fasse autant, et je ne prendrai jamais aucun arrangement avec Lothaire, qui, à ma volonté, soit au détriment de mon dit frère Charles.

¿Por qué decimos que B y C son dos aspectos de la misma realidad, son francés, mientras que A es algo completamente distinto, se trata de latín? Salvada la cuestión de la inteligibilidad, pues todos estos textos resultan mutuamente ininteligibles sin preparación especial, hay razones para sostener que A se aproxima más a B que este a C o, al contrario, que B y C están más cercanos entre sí que ambos respecto de A. Si se atiende al orden de palabras, es decir, a la sintaxis, la pareja A+B se opone a C; si se atiende a las flexiones, esto es a la morfología, resulta evidente que B+C forman un grupo compacto frente a A. El resultado de este análisis somero es que las razones para llamar «francés» a los textos B y C, pero no a A, es que corresponden a un grupo humano que se ha mantenido con parecido territorio y aspiraciones culturales desde que se redactó B hasta que se tradujo como C. Lo cual es muy legítimo, por cierto, pero nada tiene que ver con la lingüística. Si el texto en francés antiguo no se hubiese concebido como la versión romance de este mismo juramento en antiguo alemán, es probable que ni nosotros ni los atónitos oyentes del siglo IX lo hubiesen tomado como muestra de una lengua nueva, diferente del latín.

Parecidas consideraciones podrían hacerse, por cierto, a propósito de la que se suele considerar primera frase en antiguo español, la secuencia de las *Glosas Emilianenses*:

Cono ajutorio de nuestro dueno, dueno christo, dueno salbatore, qual dueno get ena honore, e qual duenno tienet ela mandatione, cono patre, cono spiritu sancto, enos sieculos delos sieculos,

que traduce el siguiente texto latino:

Adjubante domino nostro ihesu christo cui est honor et imperium cum patre et spiritu sancto in secula seculorum,

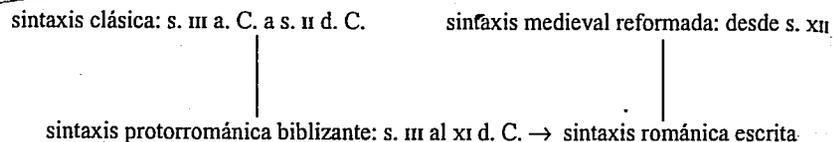
y que en español moderno sería poco más o menos:

Con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, que tiene el poder y la gloria, con el Padre, con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Evidentemente el texto latino difiere de las dos versiones romances por el hecho de que la construcción participial absoluta del inicio es traducida mediante un giro preposicional en estas últimas; sin embargo, el esquema posesivo latino «ESSE + dativo» se vierte de manera muy parecida en el primer sintagma de las *Glosas Emilianenses* (*qual dueno get ena honore* como *cui est honor*) y sólo el segundo incorpora el verbo *tener*, igual que el texto en español moderno; además, la secuencia bíblica *in saecula saeculorum* sigue el patrón de la preposición multiuso *IN*, tan típica de la Vulgata, en el texto latino y en el de las *Glosas*, mientras que el texto moderno emplea *por*. La pregunta que nos podemos formular es parecida a la de los *Juramentos de Strasburgo*: ¿por qué se asegura que esta secuencia es una glosa romance y no una glosa latina?

§ 1.5. MODULARIDAD: LA SINTAXIS ROMÁNICA
FRENTE A LA MORFOFONOLOGÍA ROMÁNICA

De todo lo que llevamos dicho se infiere que el esquema de evolución del latín, que proponíamos en el apartado anterior, debe ser reformado en el sentido de situar el inicio de la sintaxis románica mucho antes, más o menos hacia mediados del siglo III d. C., cuando se consolida el latín biblizante:



Adviértase empero que este esquema no sólo representa un adelanto del surgimiento del romance respecto a la fecha que propone el esquema de arriba: supone, además, un cambio de perspectiva con importantes consecuencias metodológicas. Lo que viene a insinuar, en definitiva, es lo siguiente²⁰:

El latín no evolucionó de manera paralela y correlativa en todos sus componentes lingüísticos. Mientras que la pronunciación y la morfología siguieron un curso progresivo de transformación de unas formas en otras hasta llegar a la época romance, la sintaxis propiamente románica se origina mucho antes, al menos desde el siglo III d. C., con ocasión de la lengua especial de las traducciones bíblicas y su influjo sobre la liturgia cristiana.

²⁰ Contrástese con la representación gráfica del punto de vista tradicional expuesto en E. Pulgram, «Spoken and Written Latin», *Language*, 26, 1950, 462, donde se traza una línea continua descendente para representar la evolución del latín hablado, pero un corte brusco entre el latín escrito y el romance escrito, esto es, entre la sintaxis textual del siglo X y la del XII.

Tiene razón Wright cuando afirma que los textos latinos (?) de los siglos V al XI en Hispania son en realidad textos romances «adornados con las flexiones del latín». No de otra manera puede entenderse la constante confusión de los casos o de los tiempos y modos verbales, a pesar de que nunca llegan a desaparecer ni ofrecen una evolución coherente. Pero se equivoca en lo relativo a la pronunciación: escribir de una manera y pronunciar de otra, sin que se dé una instrucción intensa, una coerción normativa obsesiva y, sobre todo, sin que haya una constancia del vocabulario susceptible de permitir el reconocimiento de las palabras escritas en correlatos de la lengua hablada, es simplemente imposible. La hipótesis de Wright, en cuanto que permite considerar plenamente romances los textos de los siglos V al XI es verosímil en el campo sintáctico, pero no en los demás. Y lo es porque los textos, la evidencia última del filólogo, así lo prueban: la lengua latina experimenta un cambio brusco en el paso que lleva de los relatos históricos de Amiano Marcelino a la Vulgata, aunque ambos se escriban en el siglo IV, y un cambio mucho más suave cuando pasamos de los documentos notariales de la *crestomatía* de Menéndez Pidal²¹ que todavía se pueden considerar latinos a los que ya cabe reputar de romances, por ejemplo entre este texto de Cardaña del año 937:

Ego Munnio... vendo tibi Anderquina vinea mea... in precio quantum mici placibile fuit, id est, quando migravero, que misisis me mortagga et missas me facias,

y este otro de San Millán de la Cogolla de 1109:

Et ego domino Fannj de Sotello dono ad Sancti Emiliani... una terra ennos Foios, alia terra ennos eros Longares, alia terra enna serna de solla carrera de Mercato... et alia uinea dell Albariza, et alia uinea del Ualleio de lombo et la medietate dellas casas de Sotello.

²¹ *Crestomatía del español medieval*, Madrid, Gredos, 1982, 3.ª ed., 13 y 29.

Para entender este planteamiento conviene hacer dos precisiones metodológicas, una sobre la modularidad y otra sobre los cambios lingüísticos y la teoría de catástrofes. Como es sabido, en los últimos años se ha discutido mucho si los componentes lingüísticos funcionan de manera relativamente independiente, como módulos, o si existe entre ellos tal grado de interconexión que resulta difícil hablar de fenómenos morfológicos que no tengan una proyección sintáctica, de fenómenos sintácticos que puedan articularse sin la base semántica en la que se apoyan, y así sucesivamente. Por lo que respecta a la teoría lingüística sincrónica, la primera postura, la conocida por el nombre de «modularidad», fue propugnada en psicología por J. A. Fodor²² y adoptada por los gramáticos generativistas²³. Básicamente se acepta una modularidad cognitiva, por la que el conocimiento del lenguaje se concibe como un estado de la mente en oposición a otras capacidades intelectuales, y, dentro del lenguaje, una modularidad gramatical, relativa a los componentes y a las partes de estos. Esta última modularidad, que es la que nos interesa aquí, suele diferenciar un módulo fonológico (la forma fonética), un módulo sintáctico y un módulo semántico (la forma lógica). Dentro del módulo sintáctico, objeto del presente libro, distinguen la teoría temática (relaciones actanciales), la teoría del ligamiento (relaciones anafóricas), la teoría del caso (relaciones de concordancia), la teoría del control (relaciones de mantenimiento de las funciones en las subordinadas), etc.²⁴.

²² *The Modularity of Mind*, Cambridge, MIT Press, 1983.

²³ N. Chomsky, *Knowledge of Language: Its Nature, Origin and Use*, New York, Praeger, 1986.

²⁴ Según Fodor, las propiedades fundamentales de los módulos como sistemas cognitivos son su encapsulamiento informativo, la especificidad de su dominio, la rapidez de sus procesos computacionales y la obligatoriedad de su funcionamiento. Hay que decir, no obstante, que Fodor concibe el módulo lingüístico tan sólo como un sistema de entrada, receptor de pensamientos que están orientados hacia el uso del lenguaje, mientras que para Chomsky es también un sistema de salida, productor de pensamientos. Esto quiere decir que, según Fodor, el lenguaje recibe pensamientos formados en el llamado sistema central con independencia de él; en cambio, Chomsky

Una tradición enteramente diferente es la de la psicología de la Gestalt y su correlato lingüístico, la llamada gramática cognitiva. Para la psicología de la Gestalt, los procesos de percepción y cognición del mundo son fenómenos holísticos, es decir, totalidades que responden a las mismas leyes, ya se manifiesten en un sustento visual, auditivo, gestual o directamente verbal. Dentro ya de la lingüística, se considera que existe un continuo entre sintaxis, semántica y pragmática, que la base de todo el mecanismo es el uso y que la gramática es un conjunto estructurado de unidades lingüísticas, por lo que no se pretende que sea creativa²⁵.

Hay que decir, no obstante, que estas dos tradiciones, remisibles a dos enfoques filosóficos contrapuestos²⁶, no son tan incompatibles como pudiera creerse. De hecho, atienden a dos realidades diferentes: la gramática generativa y la modularidad, que la acompaña, conciben el lenguaje como un conocimiento, es decir, asumen una perspectiva más bien metalingüística; en cambio, la gramática cognitiva y su correlato, la no modularidad, se preocupan del uso del lenguaje, por lo que su enfoque es estrictamente lingüístico y operacional.

cree que el sistema central y el sistema lingüístico son notablemente interdependientes y que este último es un sistema de entrada y un sistema de salida.

²⁵ La gramática cognitiva propiamente dicha fue formulada por R. W. Langacker, *Foundations of Cognitive Grammar*, Stanford University Press, tomo I, 1987 y tomo II, 1991. Sin embargo, los mencionados principios globalizadores y semanticistas subyacen a muchos otros planteamientos actuales, en particular al funcionalismo de T. Givón (*On understanding grammar*, New York, Academic Press, 1979; *Syntax: a functional-typological introduction*, Amsterdam, John Benjamins, tomo I, 1984, tomo II, 1990), a la teoría de prototipos (G. Kléiber, *La sémantique du prototipe. Catégories et sens lexical*, Paris, PUF, 1990), a la teoría semiológica de B. Pottier (*Théorie et Analyse en Linguistique*, Paris, Hachette, 1992) y a la gramática liminar (A. López García, *Fundamentos de lingüística perceptiva*, Madrid, Gredos, 1989). Un resumen muy claro de todos estos planteamientos se puede encontrar en M. J. Cuenca y J. Hilferty, *Introducción a la lingüística cognitiva*, Barcelona, Ariel, 1999.

²⁶ Respectivamente, el racionalismo, del lado de la gramática generativa, y la fenomenología, del lado de la cognitiva. El tránsito del *Tractatus Logicus-Philosophicus* de L. Wittgenstein a sus *Philosophische Untersuchungen* ejemplifica el paso de un planteamiento a otro en un mismo autor.

Cuando se consideran los aspectos diacrónicos de esta cuestión, salta a la vista otra vez la mencionada dualidad. La historiografía lingüística es necesariamente modular, pues se ocupa de la evolución de los estudios gramaticales con independencia de la de los estudios fonéticos, y la de cualquiera de ellos sin tener en cuenta para casi nada la de la lexicología y lexicografía. Así, no es de extrañar que toda la historia de la gramática, desde Dionisio de Tracia hasta Jespersen pasando por Donato, los modistas, Port Royal o W. Harris, se haya podido hacer sin mencionar prácticamente los sonidos (reducidos a un capítulo de ortografía si acaso) ni los sentidos. Junto a esta corriente, hay toda una tradición lexicológica que camina independientemente. Y en el siglo XIX, tras el paréntesis del anónimo fonólogo islandés de la Edad Media, pudo desarrollarse por fin una fonética experimental y, pronto, una fonología que sólo tomaban el significado como prueba de contraste. En cambio, la historia de la lengua no puede abordarse desde una perspectiva modular, pues los cambios fonéticos tienen manifestaciones morfológicas en el paradigma y estas repercuten en la sintaxis. Por ejemplo, la pérdida de la -M final del acusativo latino singular (ROSA[M], DOMINU[M], HOMINE[M]) está en el origen de una simplificación del paradigma de los casos (ahora el nominativo ROSA se confunde con el acusativo ROSAM, p. ej.) y dicha simplificación acarrea cambios profundos en la estructura de la frase (de manera que para distinguir el sujeto y el objeto directo no basta ponerlos respectivamente en nom. y en ac., sino que hay que fijar el orden SOV o el orden SVO: *rosa puella[m] laceravit* frente a *puella rosa[m] laceravit*).

Según esto, parece que un estudio de sintaxis histórica del español no tiene otra opción que adoptar una postura pragmática, basada en el uso lingüístico antes que en criterios metalingüísticos, y desechar la hipótesis de la modularidad. Sin embargo, la peculiar situación de la sintaxis textual latina, esbozada arriba, nos obliga a modificar este criterio metodológico, correcto por lo general. Como se ha dicho, el español no se escribe hasta el siglo XII, pero se habla mucho antes, siendo irrelevante la cuestión de si las confusiones que denuncia el *Appendix Probi* (s. III d. C.) pueden ya considerarse protorrománicas,

o si el inicio de las lenguas latinas corresponde al hundimiento del imperio de Occidente, esto es, al siglo V, e incluso a la época de la invasión musulmana y de la consiguiente fragmentación política y cultural de la península en el siglo VIII. Al ser el español de los siglos oscuros una lengua meramente oral, las necesidades textuales se desarrollan en latín y lo hacen de una manera relativamente independiente de la evolución de los componentes fonético y morfológico del español, pues dicha sintaxis latina no se aprende de manera natural, se llega a dominar en las escuelas monacales con bastante esfuerzo. En otras palabras, que la visión holística y no modular con que debe ser abordada la historia de las lenguas se ve modificada en el caso del latín por la visión modular y claramente metalingüística con la que enfocaremos el componente sintáctico textual.

§ 1.6. MODELOS EVOLUTIVOS

Esta situación, la de una evolución de la lengua hablada junto con una evolución diferente de la lengua escrita no es sorprendente, pues la encontramos tanto en ciertas situaciones de diglosia como en fenómenos de criollismo (que, por cierto, también han sido descritos diglósicamente). Aun así, el caso del latín no coincide con ninguno de los dos. La diglosia, en el sentido originario del término, es decir, como modalidad culta de una lengua que convive con modalidades habladas²⁷, se da en el par árabe literal / árabe vulgar. En este caso, la

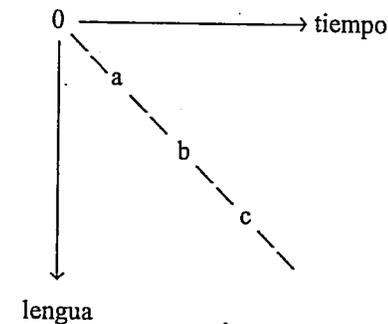
²⁷ Ch. A. Ferguson, «Diglossia», *Word*, 15, 1959, 325-240, definía la diglosia como una situación lingüística en la que, al lado de los principales dialectos de la lengua (variedad L, *low*), existe una variedad muy divergente (variedad H, *high*), altamente codificada, a menudo gramaticalmente más compleja, que procede de un periodo más antiguo y que es vehículo de un cuerpo de literatura escrita. Al hacer esta definición estaba pensando en situaciones como la del alemán normativo respecto del suizo alemán (*Schweizerdeutsch*), la del griego clásico (*katharevousa*) respecto de la *dhimotiki* o, como hemos dicho, la del árabe literal respecto a los árabes vulgares regionales. Pero desde el célebre trabajo de J. A. Fishman, «Bilingualism with and without Diglossia; Diglossia with and without Bilingualism», *Journal of Social Issues*, XXIII, 2,

lengua es la misma, sólo que la variedad escrita representa un estrato fosilizado y artificialmente frenado en su evolución por razones ajenas a la lengua (porque se trata de la lengua sagrada del Corán). En el caso del paso del latín a las lenguas romances no puede sostenerse tal esquema, pues el árabe regional (el egipcio, sirio, marroquí, etc.) también se escribe, sólo que sin que deje de ser la misma lengua que el árabe del Corán, mientras que el hecho de escribir por primera vez romance, en España allá por el siglo XII, supuso automáticamente una renovación del latín que lo convertiría en ese producto artificial que es el latín medieval.

Tampoco las lenguas criollas reproducen una situación como la que se dio en la Edad Media temprana en Occidente. Los idiomas criollos acostumbra ser el resultado de una relexificación: la sintaxis de cierto idioma base, que suele ser el de los esclavos (el krio, el ewe, etc. en los criollos coloniales de Jamaica y de Haití) o el de la población autóctona (el chino en el caso del *pidgin English*), sustituye sus morfemas léxicos por los de la lengua dominante impuesta por los colonos o por los mercaderes (inglés, francés). Evidentemente en la historia del latín se fue produciendo también una paulatina sustitución de los viejos lexemas, que quedaban para la escritura, por los nuevos que se usaban en el habla (FABULARE, «hablar», por LOQUI; COMPARARE, «comprar», por EMERE, etc.), si bien con una sola sintaxis, la del latín biblizante.

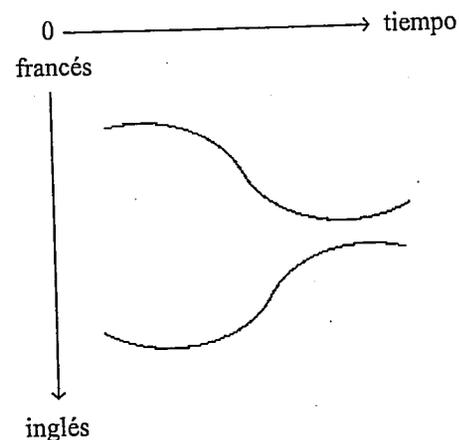
La evolución teórica de una lengua se puede representar como una función de dos variables $f(x,y)$ en un sistema de coordenadas cartesianas en el que el eje de abscisas representa la dimensión tiempo y el eje de ordenadas la dimensión lingüística:

1967, 29-38, resulta patente que la diglosia puede darse tanto en comunidades monolingües como en comunidades bilingües y, además, que hay todo tipo de valores y funciones sociolingüísticas asociadas a cada modalidad.



En *a* la lengua se halla poco evolucionada respecto del punto origen 0, pues ha pasado poco tiempo; en *b* nos hallamos en una situación intermedia; en *c* la lengua es ya bastante diferente de la de la etapa originaria. Una evolución de este tipo es la de muchas lenguas sin escritura, sobre todo si no han experimentado cambios debidos al contacto estrecho con otras lenguas. Por ejemplo, el hixkaryana, un idioma del grupo caribe que se habla en la Amazonia, se hallaba probablemente en la situación *a* en el siglo XVI, en la situación *b* en el XVII y en la situación *c* en el XX, poco antes de que fuera descubierto y descrito por los europeos.

Las lenguas con escritura y que han sido sometidas a grandes vaivenes culturales no muestran una evolución tan regular. En el caso del inglés, del francés o del ruso lo normal es que tengamos una función que se representa mediante una curva, de manera que hay largos periodos en los que la evolución parece frenarse y otros en los que se acelera repentinamente al tiempo que los idiomas en contacto tienden a aproximarse estructuralmente (sobre todo en el léxico: con mayor dificultad en la fonética y en la gramática):



La evolución de la lengua latina hasta abocar a los idiomas romances es muy particular porque los frenos y las aceleraciones se producen de forma modular:

- 1) El componente sintáctico textual cambia bruscamente entre el siglo II y el siglo III d. C. con ocasión del surgimiento del latín biblizante de las versiones del libro sagrado y su influencia sobre los textos de la liturgia. Seguidamente hay un largo periodo en el que dicho latín escrito, que en un cierto momento deja de ser comprendido por el pueblo, permanece básicamente estable. Por fin, en el siglo VIII en Francia, con ocasión de la reforma carolingia, y hacia fines del XI en España, «empieza a escribirse el romance dentro de las mismas pautas sintácticas del latín cristiano biblizante», al tiempo que los clérigos reformados se inspiran en los textos clásicos para inventar un nuevo latín, el latín medieval²⁸.

²⁸ Tiene razón Wright cuando concede pleno crédito a la afirmación de Dante en el sentido de que «se había inventado el latín». Sin embargo, ello no implica que entre el siglo V y el XI se escribiese en romance, sino en otro latín, el latín biblizante, el cual también se había inventado hasta cierto punto por San Jerónimo y otros autores, aunque ni Dante ni los hombres de su época lo sentían ya ajeno.

- 2) El componente fonológico va cambiando de forma suave y gradual, aunque sin duda hubo una aceleración a partir del siglo V, cuando la caída del Imperio de Occidente se traduce en una ruralización de la sociedad romana y en que los frenos a las pronunciaciones vulgares desaparecen.
- 3) Naturalmente los sonidos no cambian en abstracto, sino en palabras concretas, de manera que estas evoluciones fonéticas tienen una repercusión inmediata en el componente léxico. No obstante, y es un mérito de la obra de Wright el haberlo enfatizado, dichos cambios no afectan simultáneamente a todos los términos de una serie léxica, sino que existe difusión²⁹. Así se explica que muchos elementos patrimoniales, como FLORE, *flor* (pero FLAMMA, *llama*, etc.) no se vean alcanzados por el cambio, sin que por ello tengamos que considerarlos semicultismos. Lo que ya no puede aceptarse es la suposición de Wright de que no necesitamos la noción de semicultismo, basada en el hecho de que el romance imita pronunciaciones de palabras latinas en la iglesia. Es comprensible que esta afirmación resulte inevitable en quien se resiste a aceptar la existencia de dos lenguas, latín y romance, pero parece difícil negar el carácter semiculto de palabras como SAECULUM, *sieglo* (y no **sejo*), por ejemplo, y tantas otras.
- 4) El componente morfológico todavía experimentó una evolución más peculiar. Por un lado, es evidente que los morfemas sufrieron la suerte de los sonidos, si bien aquí interfiere poderosamente la analogía: así se llegó a los paradigmas morfológicos del español y

²⁹ Se entiende por *difusión léxica* la hipótesis según la cual los cambios lingüísticos son repentinos en el aspecto fonético (un sonido se pierde de golpe, una vocal se nasaliza repentinamente, etc.), pero graduales en su extensión al léxico, de manera que el cambio afecta al principio a unas pocas palabras y se va ampliando al resto del paradigma, aunque sin necesidad de llegar a afectar a todos sus términos. Véase M. Chen, «The time dimension: contribution towards a theory of sound change», en W. Wang (ed.), *The Lexicon in Phonological Change*, The Hague, Mouton, 1977, 197-251, y F. Fernández, «Sobre la interpretación del cambio lingüístico», *Alfinge*, 9, 1997, 43-63.

La lectura de este esquema es la siguiente:

- a) Se inicia en el siglo III d. C., momento en el que las versiones latinas de la Biblia crean una sintaxis (s) que no se corresponde con las peculiaridades del componente morfológico. Esta sintaxis permanece prácticamente invariable (curva casi paralela al eje de abscisas) hasta que en el siglo XI d. C. llega al pliegue y cae bruscamente manifestándose como sintaxis románica (s') en el nivel inferior.
- b) La morfología, que comienza en el siglo III más cerca del componente fonológico (morfofonología) que de la sintaxis biblizante, llega hacia el siglo VI-VII a la cabeza del pliegue y (como las piedras que en un río separan la corriente) se descompone en dos trayectorias: m^{II} de la región superior, que se mantiene artificialmente por los gramáticos e implementa los textos latinos, y m^I de la región inferior, que evoluciona rápidamente hasta reencontrarse con los textos de sintaxis románica en el siglo XI.
- c) La fonología evoluciona gradualmente del latín f al romance f', si bien acelera este proceso hacia el siglo VI.

La idea de que el surgimiento del romance fue una «catástrofe» en el sentido matemático del término no es nueva. La viene sosteniendo implícitamente M. Banniard³² desde 1992, cuando advierte que el proceso evolutivo del latín al romance no puede seguir estudiándose como una secuencia lineal de hipótesis relativas a los cambios fonéticos, sino que hay que admitir evoluciones independientes de cada categoría o paradigma y, además, que «más importante que saber cómo se hablaba es saber cómo se entendía». Según Banniard,

lengua latina), se llega al tipo llamado «pliegue», que es el que se representa en el esquema. En teoría de catástrofes se reconocen cuatro tipos teóricos correspondientes a un eje de conducta y tres más relativos a dos ejes de conducta, en total, siete catástrofes elementales, que vienen a ser como los poliedros regulares de los procesos de cambio.

³² *Viva voce. Communication écrite et communication orale du IV^e au IX^e siècle en Occident latin*, Paris, Institut des Études Agustiniennes, 1992.

el surgimiento del romance fue un fenómeno turbulento producido a lo largo de bastante tiempo; por ejemplo, entre el siglo III y el siglo VIII d. C. hay tres tipos de categorías: las evanescentes (los neutros, las desinencias en -IUM y en -IBUS, etc.), que desaparecen ya en el siglo VI-VII; las metaestables (pasiva sintética en -UR e -I, comparativos sintéticos, etc.), que llegan hasta el siglo VIII; las estables (orden OV, pluscuamperfecto de indicativo, etc.), que perduraron más allá del siglo VIII. Sólo cuando estos cambios se acumularon y llegaron a ser intolerables podemos hablar de que el latín ha dejado de ser una lengua viva. Esto quiere decir que lo importante no es determinar cuándo se dejó de hablar latín o se empezó a hablar romance³³, sino las modalidades de la llamada comunicación vertical, esto es, lo que el pueblo oía de gentes instruidas y lo que estas tenían que hacer para que pudiera entenderles mejor o peor. Así se observa, sigue Banniard, que en el siglo VIII en Francia no es lo mismo que el predicador emplee el *sermo politus* que que se sirva del *sermo rusticus*, ni que los temas que trata sean nuevos o antiguos: mientras que los sermones sobre viejos tópicos en latín estilísticamente bajo apenas planteaban problemas de comprensión, los temas nuevos en latín pulido resultaban casi ininteligibles para la gente y la presencia de uno de estos rasgos (nuevo o pulido) era responsable de una comprensión mediocre. ¿Qué quiere decirse con «desaparición del latín como lengua viva» en este contexto?

Recientemente los latinistas han llegado a formular de manera explícita la idea de que el surgimiento del romance fue una catástrofe. Transcribo parte de la discusión que tuvo lugar en una mesa redonda celebrada en la Universidad de Venecia en 1996³⁴: «M. Banniard.— Je pense que vous connaissez tous le vocabulaire de l'histoire, et je pense

³³ Es el planteamiento que aparece hasta en el título de dos trabajos clásicos: F. Lot, «A quelle époque a-t-on cessé de parler latin?», *A.L.M.A.*, 6, 1931, 97-159; G. Bonfante, «Quando si è cominciato a parlare italiano?», *Festschrift W. von Wartburg zum 80 Geburtstag*, Tübingen, Niemeyer, 1987, 21-46.

³⁴ J. Herman (ed.), *La transizione del latino alle lingue romanze*, Tübingen, Niemeyer, 1998, 257-258.

qu'il faut employer un vocabulaire un peu différent et essayer de faire l'effort d'employer des représentations différentes, j'entends par là des représentations mathématiques. Après tout il existe des concepts comme "fractales", "chaos" et "croissance exponentielle"... il y a une phase où les formes coexistent, où les locuteurs essayent une forme en tel contexte, en tel endroit, où il y a ce que j'appellerais des "micro-systèmes chaotiques", et puis il y a un moment où on sort du système chaotique par le biais de ce qu'on appellera en mathématiques des "fractales", où le système se stabilise et on a une transformation. Moi, c'est comme ça que je me représente les événements aux VIII^e et IX^e siècles... Deuxième point: la croissance exponentielle: il faut tracer des courbes hyperboliques et non pas des courbes linéaires... *L. Renzi.*— E ritornato molte volte il termine catastrofe, ripetuto da vari studiosi e, mi sembra, con sfumature differenti. Originariamente però questo termine è quello di un modello matematico. Ho l'impressione — e volevo chiederlo al prof. Banniard — che egli si riferisse proprio a quello, quando parlava di crescita esponenziale. *M. Banniard.*— Sì.

Es evidente que la sugestión de la teoría de catástrofes nos alcanza de cerca a muchos. Hay sin embargo un punto en el que mi planteamiento difiere de los de estos autores y en particular de Banniard. Como destaca Zamboni, otro de los participantes en la mesa redonda, una cosa es el cambio de tipo lingüístico y otra el cambio de conciencia lingüística. El primero siempre precede a la segunda. Pues bien, según he mostrado arriba, mientras que la conciencia lingüística latina cambió, efectivamente, entre los siglos IX y XI (según regiones), el tipo lingüístico experimentó un cambio radical en el siglo IV por lo que respecta a la sintaxis, al corazón del idioma. Técnicamente este cambio no es una catástrofe, pero sí una singularidad, puesto que ha cambiado la orientación de la curva y se ha alcanzado un punto de inflexión.

CAPÍTULO II

LA ESTRUCTURA SINTÁCTICA DEL LATÍN CLÁSICO

§ 2.1. DOS TIPOS DE LENGUA: CASOS O FUNCIONES

Viene a ser casi un lugar común, presente en innumerables tratados, la explicación del paso de la estructura oracional latina a la romance a cuenta de la pérdida de las flexiones y su sustitución por el orden de palabras combinado con un incremento de las preposiciones. Sin embargo, curiosamente, se concede mayor relevancia a las manifestaciones de lo que pronto va a desaparecer que a la evidencia de lo que ya ha aparecido. Según este criterio, cualquier fragmento de la Vulgata, que presenta un orden de palabras plenamente románico, aún se considera latín (¿quién se atrevería a dudarlo?) porque todos los sustantivos tienen marca casual y, además, casi siempre la que habrían tenido en César o en Cicerón. Es como si, al constatar que los antepasados de un animal marino vivieron en tierra y este sigue teniendo propiedades morfológicas de los mamíferos, nos obsesionamos con estas características que interesan al zoólogo, pero que nada le importan al pescador, ni al etólogo, ni al economista. Se quiera o no, las ballenas, puede que no sean peces —aunque la gente las tiene por tales—, pero se categorizan en la práctica en el mismo grupo que los tiburones o que los atunes.

Se suele decir que las flexiones casuales latinas estaban heridas de muerte porque se ajustaban mal a su función y ello tanto por exceso

CONCLUSIONES

Las conclusiones del presente trabajo pueden resumirse en los siguientes puntos:

1) La conversión del latín en español se produjo primero en el componente sintáctico, ya por el siglo iv d. C., y sólo mucho después, hacia el siglo xi d. C., en el componente morfológico.

2) Ambos procesos tuvieron lugar en muy poco tiempo y de forma bastante repentina, aunque no de la misma manera.

3) La sintaxis protorrománica surge como consecuencia del nuevo modelo tipológico representado por el latín de la Vulgata. Como los textos anteriores se sentían latinos y los posteriores, también, habría que hablar de un punto de inflexión en la evolución del latín, pero no de una catástrofe.

4) En cambio, el surgimiento del romance en el siglo xi representa una remorfologización de dicha sintaxis textual, la cual venía alargando su existencia varios siglos atrás. Al presentar una apariencia diferente, los hablantes apreciaron una discontinuidad brusca entre los textos «latinos» anteriores y los nuevos textos «romances», por lo que técnicamente puede hablarse de catástrofe.

5) Este proceso fue inducido externamente por ciertos atractores entre los que se cuentan: la reforma cluniacense, que conduciría al llamado «latín medieval»; la imitación de los textos franceses y provenzales en romance; y, en un primer momento (siglos x y xi), la influencia del vasco.

6) No obstante, es muy posible que dicho proceso de independización del latín se hubiera producido de todas maneras, pues la tensión entre una sintaxis rectiva y una morfología propia de una lengua de construcción se iba haciendo cada vez más insoportable conforme crecían las necesidades textuales derivadas de la expansión económica europea del siglo xii.

Hay que decir que estas conclusiones son menos sorprendentes de lo que parece. A. Meillet ya había definido la gramaticalización como¹ «l'attribution du caractère grammatical à un mot jadis autonome». Sin embargo, ha sido modernamente cuando la teoría de la gramaticalización ha alcanzado pleno desarrollo. Los muchos estudios que en los últimos años se han dedicado a esta cuestión² ponen de manifiesto que dicho proceso consta básicamente de cuatro etapas³:

- i) el elemento léxico se especializa en ciertos usos pragmáticos (fase pragmática);
- ii) el elemento léxico empieza a fijar su comportamiento sintáctico mediante determinadas restricciones de orden (fase de sintactización);
- iii) el elemento léxico se convierte en afijo semiindependiente (fase de clitización);
- iv) el afijo se vuelve morfema flexivo (fase de morfologización).

Estas fases se aprecian perfectamente en la evolución de la perífrasis que daría lugar al futuro romance. Así⁴, el verbo latino HABERE, que significaba posesión, pudo tomar un valor pragmático obligatorio

¹ A. Meillet, «L'évolution des formes grammaticales», *Linguistique historique et linguistique générale*, Paris, Champion, 1958 [original de 1912], 130-148.

² Para un estado de la cuestión, cf. P. J. Hopper y E. C. Traugott, *Grammaticalization*, Cambridge University Press, 1993.

³ Cfr. Ch. Lehmann, «Grammaticalization: synchronic variation and diachronic change», *Lingua e Stile*, 20, 1985, 303-318.

⁴ Sigo la explicación de Pinkster, «The strategy and chronology of the development of future and perfect tense auxiliaries in Latin», en M. B. Harris y P. Ramat (eds.), *The Historical Development of Auxiliaries*, Berlin, Mouton, 1987, 193-223, y de S. Fleischmann, *The Future in Thought and Language: Diachronic Evidence from Romance*, Cambridge University Press, 1982.

en contextos en los que su objeto directo estaba modificado por un gerundivo tendencial (*aedem habuit tuendam*, Cicerón, *Verres*, II, 1, 130, «tenía una casa que cuidar»). Seguidamente HABERE aparece combinado con un infinitivo en el orden sintáctico fijado «infinitivo + HABERE» (*et si interrogatus fueris, quomodo dicere habes?*; — *veritatem dicere habeo*, «y si fueras preguntado, ¿qué dirás?; — diré la verdad», *Latín tardío*). En la Edad Media las formas de HABERE reducen su sustancia fónica y empiezan a apoyarse afijalmente en el verbo, aunque aún quepan pronombres intermedios (*dar-lo-hé*). A partir del siglo xvii la morfologización es completa y los restos de HABERE son meros flexivos del verbo (*dar-é*).

Lo que no se ha ensayado nunca, que yo sepa, es la aplicación de la teoría de la gramaticalización a la evolución del sistema gramatical completo de una lengua. Pero esto es precisamente lo que sucede en nuestro caso. En un primer momento, hay una fase pragmática de modalización: el latín popular de los primitivos cristianos se enfrenta al reto de expresar sofisticados contenidos religiosos y morales que hablan de mundos posibles. Como consecuencia de lo anterior, se adopta una sintaxis textual mucho más rígida que la del latín clásico, la sintaxis de la Vulgata, que es el embrión de la sintaxis protorromance. Luego vendrá la paulatina conversión de muchas unidades de dicha sintaxis en elementos gramaticales semiindependientes, proceso que caracteriza a las fórmulas fijas, tantas veces repetidas, de los cartularios. Por fin, hacia el siglo xi, esta nueva sintaxis se dota de una nueva morfología, que es la que en el habla de todos los días se venía practicando desde bastante antes. Han nacido las lenguas romances escritas, entre ellas el español.

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.....	7
CAP. I.— <i>Cómo abordar el problema</i>	9
§ 1.1. La gramática histórica de las lenguas romances como problema.....	9
§ 1.2. El llamado latín tardío.....	15
§ 1.3. La sintaxis de la Vulgata como sintaxis protorrománica.....	20
§ 1.4. Latín bíblico, latín vulgar y protorromance.....	25
§ 1.5. Modularidad: la sintaxis románica frente a la morfología románica.....	34
§ 1.6. Modelos evolutivos.....	39
§ 1.7. Evolución y teoría de catástrofes.....	44
CAP. II.— <i>La estructura sintáctica del latín clásico</i>	49
§ 2.1. Dos tipos de lengua: casos o funciones.....	49
§ 2.2. La escena oracional en las lenguas de construcción.....	62
§ 2.3. El anclaje situacional.....	70
§ 2.4. La clausura del predicado verbal.....	77
§ 2.5. Verbos nominales.....	83
§ 2.6. Los modos verbales y la cohesión textual.....	86